POESIA E HISTORIA EN TORNO A LEPANTO: EL EJEMPLO DE FERNANDO DE HERRERA

Juan MONTERO
Universidad de Córdoba

La literatura sobre Lepanto es, como se sabe, abundante. Además, por la misma naturaleza internacional de los hechos en cuestión, dista mucho de ser exclusivamente española; en particular, son muchas las páginas escritas sobre el tema en lengua italiana, e incluso circula la noticia, ciertamente curiosa, de que «... Don Juan /de Austria/ est devenu le héros presque légendaire des chansons des gondoliers» (Braudel, II, p. 415). Dentro de ese amplio corpus, nos quedaremos en esta ocasión con las aportaciones del sevillano Fernando de Herrera (1534-1597), autor de un par de textos directamente relacionados con la famosa batalla y publicados al año siguiente de la misma: una *Relación* que cuenta de forma bastante detallada los antecedentes, preparativos y desarrollo del hecho bélico, y anexa a ella una «Canción...» de tono bíblico sobre el mismo tema.

La preocupación de Herrera por Lepanto tiene como fondo las inquietudes cívico-políticas del humanismo sevillano –rasgo poco destacado hasta ahora en la historiografía sobre el asunto–. Baste, para probar lo dicho, con el recuerdo de algunos nombres y datos significativos. Pero Mexía (m. en 1551), la figura más destacada del humanismo sevillano en la primera mitad de siglo, es autor, entre otras obras, de una *Historia Imperial y Cesárea* y de una *Historia del Emperador Carlos V*, textos que testimonian su vinculación al proyecto político del imperio carolino. Más próximo generacionalmente a Herrera se halla Juan de Malara o Mal Lara (1527-1571), figura clave del humanismo hispalense y español cuya competencia en las más diversas materias le permitió acceder a los entornos de Felipe II. Por ejemplo, hacia 1565 lo encontramos en Madrid donde, por encargo del rey, compone algunos epigramas para unos cuadros de Tiziano; en 1570, con motivo de una visita del monarca a Sevilla, se le encomendó una descripción de las fiestas y arcos alegóricos que la ciudad costeó para la ocasión; y asimismo dejó antes de morir un voluminoso manuscrito explicando el diseño iconográfico, concebido por él mismo, de la popa perteneciente a la Galera Real destinada a don Juan de Austria como Capitán General del Mar.

Los dos últimos trabajos citados nos sitúan en los mismos aledaños de Lepanto. Felipe II va a Sevilla desde Córdoba, donde ha situado temporalmente la Corte para

mejor seguir los preocupantes acontecimientos de las Alpujarras. Dicha visita tiene lugar precisamente cuando las hostilidades tocan a su fin, tras largos meses de lucha entre los moriscos sublevados y las tropas –tercios incluidos– mandadas por don Juan de Austria. Esta auténtica guerra civil constituye, como se sabe, un prolegómeno espiritual de Lepanto, porque los españoles, convencidos de que los rebeldes combatían con la esperanza de recibir la ayuda del Turco y sus aliados norteafricanos, vieron en ella el resurgir amenazador del Islam dentro de sus mismas fronteras. De forma natural, la prioridad de la lucha contra el Turco se refleja en las fiestas sevillanas en honor del monarca. Su conclusión consiste, según la descripción de Malara, en la quema de una gran máquina de fuegos artificiales que representaba «un dragón grandíssimo» o «espantosa sierpe», interpretado por el humanista como «excelente presagio de la braveza del Turco y enemigo universal de la christiandad que en tiempo de tan venturoso Rey se deve acabar con sus mesmas llamas de sobervia, para levantar los muros y torres de Jerusalén» (*Recebimiento*, p. 181).

La decoración de la Galera Real de don Juan de Austria en Sevilla es un indicio significativo del papel que a los humanistas sevillanos toca jugar en el envite: ilustrar y propagar una ideología de corte imperial. Hay que destacar, por ejemplo, que cuando Malara expone, sobre el fondo del mito de Jasón y el vellocino de oro, las virtudes necesarias a don Juan de Austria, termine invitándole a recuperar «con el favor divino», las tierras «que tienen usurpadas Moros, Turcos y Luteranos» y las ponga todas «debajo de los pies de la Iglesia Romana» (*Descripción*, p. 89). Estas palabras, sin duda más apropiadas para los tiempos de Carlos que para los de Felipe el Prudente, revelan ya esa tensión entre Clío y Calíope, entre sentido histórico y mito poético que encontraremos también en Herrera.

Lepanto brinda a los humanistas y escritores hispalenses una magnífica ocasión de mostrar su voluntad de aparecer en la vanguardia de las letras. Apenas conocida la victoria sobre el Turco, Herrera, discípulo de Malara, se encarga de redactar y publicar una *Relación de la Guerra de Cipre y Sucesso de la Batalla Naual de Lepanto* y, anexa a ella, la famosa hasta hoy «Canción en alabanza de la Divina Majestad por la victoria del Señor D. Juan». El interés del relato histórico es grande, como ha mostrado Mary G. Randel en una documentada monografía. Lo primero que en él llama la atención son los preliminares, en los que Herrera y Cristóbal Mosquera de Figueroa –otro miembro del círculo sevillano–, ofrecen al lector curiosas noticias sobre la composición del libro e interesantes reflexiones sobre el género histórico. En su prólogo, Mosquera reconoce a la historia su función tradicional de *magistra vitae* y argumenta que dicho fin no puede ser alcanzado ni por la vía de las ficciones poéticas ni de las sutilezas oratorias, sino exclusivamente por medio de «la pura verdad». Herrera, por su parte, se plantea las cosas en términos menos teóricos, ya que el oficio de historiador le pone ante una angustiosa experiencia: el carácter escurridizo de la verdad.

Merece la pena detenerse un momento en el método que sigue el sevillano para escribir su obra. Herrera, intelectual sedentario, no fue testigo de los hechos de la historia, pero en cambio se enorgullece de haber buscado la verdad con mayor afán que nadie, consultando cuantos testigos de los hechos pudo encontrar, reuniendo cuantas relaciones llegaron a su noticia, sopesando toda la información recibida para elaborar, finalmente, la versión que él consideraba más justa a los hechos y al común de las opiniones. Método científico o poco menos, que le hace estar seguro de que su libro no sea sino una «breve memoria de cosas sucedidas»; por eso lo titula *Relación*. El lector inicia, pues, la lectura

persuadido de encontrarse ante un texto inspirado por Clío, en el que no tendrá ningún encuentro perturbador con Calíope, relegada presumiblemente al breve apéndice poético de la «Canción». ¿Pero es esto así realmente?

ESPAÑA, ITALIA, EL ISLAM

De entrada, es preciso subrayar que la relación herreriana nos informa cumplidamente de los acontecimientos: los prolegómenos económicos y diplomáticos de la campaña y el desarrollo detallado de las operaciones militares. Pero, claro, la descripción de los hechos no está exenta de connotaciones ideológicas y polémicas, originadas en los particulares presupuestos con que Herrera acomete su obra. Una de las claves para adentrarnos en este terreno nos la ofrecen algunos fragmentos de las *Anotaciones* a Garcilaso (Sevilla, 1580), texto muy representativo de los intereses intelectuales de Herrera y sus amigos. Una frase de Garcilaso («el osado español») le da pie a su comentarista para hacer un breve discurso histórico de los méritos de la nación española en las armas y en las letras, el cual no es otra cosa sino una indignada protesta contra los escritores de Italia –Herrera cita a Paolo Giovio, Guiciardino, Pietro Bembo y Sabelico– (*Anotaciones*, pp. 611-616). A éstos les acusa de minusvalorar los logros militares y culturales de los españoles, de silenciar sus virtudes y destacar sus defectos, de considerarlos un pueblo bárbaro, pese a compartir –subraya Herrera– una misma religión, una misma cultura y casi una misma lengua. Argumentando en torno al conocido tópico de las armas y las letras, el pensamiento de Herrera se mueve entonces en dos direcciones. Por una parte, sostiene que ha sido el continuo ejercicio de las armas contra el invasor musulmán la causa mayor del atraso cultural de España; por otra parte, la imagen peyorativa que los italianos tenían de los españoles era debida a que los escritores hispanos no habían sabido enaltecer en toda su grandeza las cosas de su nación. En la *Relación* (como en general en toda su obra) Herrera pretende precisamente eso: que por fin las armas y las letras españolas vayan a una misma gloriosa altura. De este modo podemos entender mejor las razones profundas de sus protestas de historiador objetivo en el prólogo del libro: con ellas trataba de desmentir, desde luego, las exageraciones patrioteras del vulgo, pero sobre todo las versiones que sin duda iban a poner en circulación –como así ocurrió– los escritores al servicio de la Señoría veneciana.

En esta competencia entre escritores de Italia y escritores de España al Islam le toca desempeñar el papel menos lucido. De los contactos (pacíficos o belicosos; medievales o modernos) de los españoles con el Islam, queda ahora minimizada la parte que pudo haber de convivencia y enriquecimiento cultural, mientras se magnifica lo relativo a la lucha de religiones. Herrera necesita erigir la lucha contra el Islam en pilar glorioso de la historia española para superar así el complejo del atraso cultural de la nación, y además para realzar el papel de España en el concierto europeo: los turcos –dice Herrera– son los verdaderos bárbaros; los españoles, en cambio, los más firmes defensores de Europa y de la Cristiandad. De esta manera, deja a un lado las razones políticas y económicas de la lucha por el control del Mediterráneo, para plantear la cuestión en términos míticos (la secular lucha entre Europa y Asia, según Malara interpretaba el mito de Jasón), en términos militares y religiosos: de heroísmo al servicio de Dios, en última instancia. La guerra contra el Turco es una Cruzada.

Con esta idea de Cruzada, meollo ideológico de la *Relación*, están conectadas el resto de las nociones e interpretaciones históricas de Herrera. En primer lugar, la actitud frente al Turco por parte de las diversas naciones europeas le sirve a Herrera como

criterio para colocar a cada una en el lugar que le corresponde. De las grandes naciones –razona– sólo España podía hacer frente al Islam, porque las restantes (cita a Francia, Alemania e Inglaterra), corrompidas todas en mayor o menor grado por la herejía, permanecían indiferentes ante el peligro musulmán, cuando no se coaligaban (caso de Francia) con el enemigo. Por lo que se refiere a Venecia, la situación es particular. Como es natural tratándose de un aliado, Herrera no puede colocarla al mismo nivel de las anteriormente citadas, pero tiene cuidado de ir dejando a lo largo de su obra indicaciones reveladoras de los complejos sentimientos que a él, como a la mayoría de los españoles, inspiraba la Señoría con su política de prudencia y pragmatismo: admiración y respeto, por un lado, gran desconfianza, por otro.

El Turco constituye para Herrera el verdadero bárbaro que amenaza Occidente. Aunque en ocasiones alabe su disciplina militar o el gesto individual de algún personaje aislado, la *Relación* nos ofrece un retrato integrado por los peores rasgos morales: falsía, soberbia, codicia, crueldad, inhumanidad en suma. El mismo poder militar del Imperio otomano le parece a Herrera una realidad dudosa: las verdaderas bazas del Turco son la superioridad numérica en hombres y material, y la división reinante entre las naciones cristianas. Su impulso expansivo, además, carece de legitimidad –razona Herrera– porque sólo la guerra defensiva la posee. Y defensiva era la finalidad de la Liga, puesto que desde el Levante hasta los Santos Lugares de lo que se trataba era de recuperar territorios 'originariamente' cristianos. La expansión Turca sólo se justifica, dentro de un esquema trascendental y mesiánico de la Historia, como castigo divino al que la Cristiandad se ha hecho merecedora a causa de su impiedad y su abandono de la verdadera religión.

CARLOS, FELIPE, JUAN

Felipe II, el Rey Católico, aparece en este contexto como el modelo de gobernante plenamente comprometido con la defensa de la fe, sin que Herrera se haga eco en ningún momento –Felipe el Prudente– de sus vacilaciones en materia bélica. Pese a ello, en la *Relación* el Monarca ocupa un discreto segundo plano, mientras en primera fila aparecen más bien los guerreros, singularizados en don Juan de Austria. Así lo exige, naturalmente, la misma naturaleza de los hechos relatados, que Herrera proyecta sobre el fondo del poderío español en tiempos de Carlos V. Buen conocedor de la literatura generada en torno al Emperador por humanistas próximos al erasmismo, el sevillano interpreta Lepanto como la ocasión de la vuelta a los tiempos heroicos, dentro de una concepción mesiánica de la Historia.

En la *Relación*, el halo de heroísmo envuelve toda la actuación española en la batalla, alcanzando tanto a los capitanes como a los simples soldados. Pero se concentra de forma especial en la persona de don Juan de Austria, verdadero «Capitán de Cristo» que representa para Herrera la continuidad del Imperio. Un testimonio precioso de ello nos lo da Malara, cuando en su diseño iconográfico de la Galera Real incluye un soneto de su amigo a don Juan, poema que debía constituir una inscripción en las dependencias del barco reservadas al hijo de Carlos V. Con tono inflamado, exalta ahí el poeta al Capitán General del Mar como «Diestra heroica de Carlo», llamado a imponer el dominio marítimo español contra el Turco; las palabras decisivas son aquéllas en las que Herrera dice a don Juan que el Emperador está «vivo en vos».

Y, en efecto, la *Relación* nos recuerda en varias ocasiones al ascendente de Carlos V sobre las acciones y el carácter de don Juan, hasta el punto de representar como

maravillosa señal el hecho de que el segundo venciera a Selim, como en otro tiempo su padre venciera a Solimán, padre de Selim. La afirmación más característica, de todos modos, se produce cuando el historiador señala que don Juan tomó, contra el parecer de muchos, la arriesgada decisión de salir al encuentro de la flota turca, primero «con ánimo imitador de las hazañas de su padre», y segundo «por inspiración divina más que por alguna razón de la disciplina de mar» (*Relación*, p. 344). Resulta llamativo que, tras haber elogiado en varias ocasiones la potencia militar y la capacidad estratégica de la flota cristiana, en el momento decisivo Herrera destaque por encima de todo la doble inspiración, paterna y divina, de la decisión final de don Juan.

Una afirmación como esa no sorprende, sin embargo, ni por su vertiente religiosa ni por su vertiente laica. Por la parte religiosa, porque así lo exige el mesianismo de que está imbuido nuestro autor, quien no tiene empacho en denominar a Cristo «patrón general de aquella santa empresa» (*Relación*, p. 349). Por la parte laica, la afirmación se apoya en la noción, tan importante para el humanismo, de imitación, que –como se sabe– desbordaba con creces el mero ámbito literario: don Juan podía imitar a su padre, como Pietro Bembo encontraba en Petrarca un modelo literario y vital a un tiempo, o como Don Quijote imitaba en su vida la del caballero Amadís de Gaula.

LA FAMA, LA GUERRA, EL MAR

Esta función modélica del Emperador forma parte de la faceta humanística y clásica que en la *Relación* contrapuntea continuamente a la religiosa y bíblica, mediante referencias geográficas, mitológicas e históricas. Estas últimas, aunque escasas, tienen su importancia, porque Herrera sugiere con ellas a César y Alejandro, más allá de Carlos V, como los modelos antiguos de don Juan. La lucha entre la Cristiandad y el Islam tiene aquí, como decíamos, el trasfondo legendario de la lucha entre Europa y Asia, conforme la interpretación que Malara hacía del mito de Jasón y el vellocino de oro: don Juan de Austria nuevo Jasón, nuevos Argonautas los españoles. De la misma manera, el impulso religioso de los combatientes se complementa con el afán por conquistar fama, poderosa fuerza motriz de la Historia en la concepción humanística. Herrera, cuyo origen social parece más bien modesto, tiene buen cuidado de subrayar en el texto la universalidad del deseo de renombre por medio de alusiones al heroísmo del conjunto de la tropa y, de una forma más gráfica, mediante la mención, junto a los capitanes y jefes, de las acciones heroicas de algún soldado raso, cuyo nombre de otro modo hubiera quedado para siempre en el olvido.

Los méritos humanos, por tanto, no se olvidan nunca en la *Relación*. Más bien hay que decir que el historiador ha utilizado todos sus recursos para destacar lo arriesgado y hazañoso de la empresa, hasta el punto de que en el texto el heroísmo de don Juan se confunde por momentos con la temeridad, actitud que Felipe II, consciente de lo que se jugaba en el envite, le prohibía a su hermanastro de forma expresa en la correspondencia privada. La cuidadosa elaboración literaria de este motivo (la osadía de los combatientes) se hacía imprescindible en una obra que tiene por objeto relatar unos hechos a la vez admirados como extraordinarios y conocidos en su resultado final por los lectores. Pero obedece también a razones más profundas, en particular la concepción que Herrera tiene de la Historia como un proceso ascendente de las armas y las letras hacia su mayor encumbramiento y gloria.

Apenas iniciado el relato, afirma el escritor su convicción de tener entre manos el momento cenital de la Historia: «Y pudiera yo decir –escribe– como solían los antiguos

escritores que trato la mayor y más dudosa y más importante batalla que ha habido en nuestro mar, por ser entre Príncipes muy poderosos, y que la mejor y más belicosa parte de la tierra se levantó en favor de ellos, y que nunca los tiempos pasados alcanzaron semejante ocasión» (*Relación*, p. 262). Y al final del texto insiste en ello: especifica Herrera que ninguna de las batallas de griegos o romanos admiten comparación con la que él acaba de contar, para razonar luego que la superioridad en heroísmo de los vencedores de Lepanto se confirma por el hecho de que han debido pelear con las armas más sofisticadas y crueles, las de fuego en general y la artillería en particular. Se trata de un razonamiento significativo desde el punto de vista de la Historia de las mentalidades, patéticamente obstinado en su intento de conjugar los valores del individualismo caballeresco y humanístico con la despersonalización de la moderna técnica bélica. Pero hay una precisión de importancia: Herrera no hace el elogio del uso militar de la pólvora, sino que más bien lo ve como un elemento perturbador y sobrehumano, asociado a la crueldad y soberbia del Turco; recordemos nuevamente los fuegos artificiales que cerraban las fiestas sevillanas en honor de Felipe II: el dragón alegórico se autodestruía con sus propios truenos y llamas en medio del pavor de los presentes.

Como la pólvora, el mar se sitúa también en la vertiente sobrehumana de los hechos. Su presencia en el texto se hace patente en el momento decisivo del combate. Las referencias textuales no son muy abundantes, pero sí significativas. La primera de ellas se limita a subrayar que, llegado el día de la batalla, los vientos cesaron completamente, de manera que el mar, calmoso «como un lecho» se hizo semejante a una llanura. El encanto de este momento en que las dos flotas se despliegan una frente a otra se rompe apenas iniciado el combate. El tronar de las armas de fuego embravece de nuevo las aguas, que ahora braman llenas de espuma, al tiempo que el cielo desaparece de la vista de los hombres a causa del humo. La situación final, tras la batalla, no puede ser más horrenda: «...la noche sucedió oscurísima y con grande pluvia; parecía el mar ardiendo en llamas un monte de fuego, y en todo el espacio de la batalla se vio teñido en sangre infiel y cristiana, lleno de cuerpos muertos y despedazados de varias maneras, y cubierto de bajeles rotos, de fuegos, de remos, de hastas y armas, que ningún suceso se pudo ver mayor terribilidad, ni más digna consideración de la miseria humana» (*Relación*, pp. 369-70).

Paraíso de la belleza primero, infierno de la guerra luego, el mar aparece en la *Relación* como una inmensa fuerza natural incontrolable para el hombre. Atraído por esta grandiosidad, Herrera lo escoge precisamente como la imagen representativa de la victoria cristiana en la «Canción» que remata el relato histórico. Evitando la tradición clásica, horaciana sobre todo, en la que el mar aparece como campo abonado para la codicia aventurera, Herrera escoge para su poema el tono de los himnos y salmos bíblicos, y con ello hace del mar un instrumento en manos de la voluntad divina. En el poema, la lucha de los españoles contra el Islam se equipara directamente a la de los israelitas contra Egipto, Lepanto al milagro del Mar Rojo. La «Canción» supone, por tanto, la absorción definitiva de lo humano por lo divino, la culminación del esquema mesiánico que ha presidido el relato histórico.

Clío y Calíope se han confundido, por fin, inextricablemente, aunque para ello ha sido preciso que abandonen temporalmente su amado Parnaso para instalarse en Sión. La Historia es el teatro de las maravillas de Dios.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

Herrera, Fernando de: *Relación de la guerra de Cipre y suceso de la batalla naval de Lepanto* (Sevilla, 1572), en *Colección de documentos Inéditos para la Historia de España* (XXI), 1852.

Obras de Garcilaso de la Vega con Anotaciones. Ed. facs. de A. Gallego Morell, Madrid, CSIC, 1973

Mal Lara, Juan de: *Recebimiento que hizo la muy leal ciudad de Sevilla a la C. R. M. del Rey D. Philipe N. S.* Sevilla, en casa de Alonso Escrivano, 1570.

Descripción de la Galera Real del Serenísimo Sr. Don Juan de Austria (ms. 84-2-33 de la Biblioteca Capitular de Sevilla). Sevilla, Bibliófilos Andaluces, 1876.

Estudios

Braudel, Ferdinand: *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, Colin, 1966.

López de Toro, José: *Los poetas de Lepanto*. Madrid, Instituto Histórico de la Marina, 1950.

Melczer, William: «Juan de Mal Lara et l'école humanistique de Séville», en *L'humaniste dans les lettres espagnoles*, ed. de A. Redondo, París, J. Vrin, 1979, pp. 89-104.

Randel, Mary G.: *The Historical Prose of Fernando de Herrera*. Londres, Tamesis Books, 1971.

Ruestes, M.ª Teresa: «Sentimiento religioso y fuentes bíblicas en la *Canción por la victoria de Lepanto* de Fernando de Herrera», *Anuario de Filología*, X (1984), pp. 237-258.